

Gonzalo Hidalgo Bayal  
HERVACIANA



Este libro de cuentos es muy particular. No solo por su unidad temática, debida a que todos ellos tratan sobre los años pasados por el autor y narrador (la misma persona en este caso) en el Real Colegio de San Hervacio, su vida y la de sus condiscípulos y maestros, sino también por ser un raro ejemplo de lo que suele llamarse «fiction-non-fiction», que generalmente trata de asuntos públicos o al menos de «sucesos» (como «A sangre fría»), pero que en este caso se dedica a un mundo privado, íntimo, cuya experiencia se intenta restaurar con la mayor fidelidad que sea posible, si bien fragmentariamente y con un amplio espacio para la duda y la cavilación.

Esto, que podría hacer de «Hervaciana» más bien un libro de memorias, es sin embargo lo que convierte estos recuerdos en relatos. Todo lo que se cuenta es cierto y hasta el más mínimo detalle conjetural es escrupulosamente señalado como posibilidad no comprobada. Es decir, no hay hechos de ficción en estas páginas. Sin embargo, como en la «fiction-non-fiction» referida, todo es narrado con los recursos de la ficción –personajes, anécdotas, desarrollo– y es al fin el «rechazo» de la ficción lo que determina que estas evocaciones sean cuentos. Ya que, en lugar de procurar despertar y aumentar el interés de su narración con los recursos de intriga y suspenso propios de la ficción, Hidalgo Bayal hace de la voluntad de redescubrir y comprender lo ocurrido el hilo de cada relato. Es esto lo que está detrás de la acumulación de detalles y de las digresiones, pero es también lo que da forma al relato y, sobre todo, lo que conduce a cada uno de ellos a una conclusión, un verdadero desenlace. Los trece relatos reunidos aquí siempre llegan a una conclusión que los cierra y permiten ver como todo lo anterior ha llevado a ese preciso

punto. Son, de este modo, verdaderos cuentos y no solo unas memorias o evocaciones.

*A Felipe Hernández Jiménez,  
Abelardo Sánchez Jiménez  
y José María Sánchez Muñoz  
en el orden alfabético  
de las antiguas listas hervacianas  
y de los bancos corridos  
de las primeras clases de latín*

A partir de entonces han sido pocos los  
compañeros  
de galeras a los que he vuelto a ver.

STEFAN ZWEIG, *El mundo de ayer*

## Índice de contenido

Cubierta

Hervacianas

1 Adames

2 Ratón de fondo

3 La condena

4 Ut boves vobis

5 La cólera de Isaías

6 La partida

7 El signo del león

8 Calle del Codo

9 Arte de prudencia

10 *La boutique de nouveautés*

11 Pluma 22

12 El profeta Nicolai

13 Cancerbero

Sobre el autor

1  
Adames

Como todo aquel que ha entretenido alguna vez su ocio componiendo sonetos o sacando de los alrededores discretas invenciones narrativas, yo también he declarado fervores juveniles que nunca con el tiempo han decaído: la poesía de Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, o *Mientras agonizo*, de William Faulkner. No escribiría lo que escribo, pienso, sin aquellos deslumbramientos, aunque, sin duda, puesto que los caminos de la providencia son tortuosos, otros hubieran sido los maestros y otras, por tanto, las maneras. Sean cuales sean los hitos del trayecto, todos los caminos conducen siempre a un mismo fin. Hay, sin embargo, otras circunstancias, de apariencia menor tal vez, pero que no sé si no habrán sido acaso, en el fondo, mucho más significativas y habrán procurado verdadero alimento al fuego secreto de cada cual y a su lenta combustión. En mi caso, una de esas circunstancias me ha acompañado desde antiguo. Habrá otras muchas, porque los hilos de cada trama son traviesos e incontables sus ramificaciones, pero de la circunstancia a la que ahora me refiero he tenido siempre nítida conciencia. Y en realidad puedo resumirla en una sola palabra: Adames. En mis años escolares, a quien yo admiraba con absoluta entrega, más incluso que a Juan Ramón Jiménez (*Mientras agonizo* llegó más tarde a mi pupitre), más que a todo el parnaso de las antologías académicas y de las lecturas escogidas, era a Adames, un alumno hervaciano, tres cursos mayor que yo, que, por encima de todo, era poeta. Más aún: era *el* poeta.

E incluso podría decirse (yo lo pensaba entonces) que era poeta, *el* poeta, a pesar de todos los pesares y de to-

dos los impedimentos, que no me parecían a mí entonces menores, si bien con el tiempo he invertido el diagnóstico. Padecía un leve trastorno de comunicación que a nosotros (a mí, al menos), poco dados a actitudes intermedias, nos llevaba de la piedad a la anticipación y de la ansiedad a la condescendencia. A saber: tartamudeaba. Suplía con estrategias tonales las dificultades, pero no por ello dejaban de advertirse la intensidad de su incertidumbre y el arduo decoro de su desconcierto. Tal vez por eso, por quedarme cohibido y en suspenso ante la superficie de su esfuerzo, nunca se me ocurrió pensar (y no sé lo que habrá de disparatado o de sobrevenido en esta idea) que fuera de ahí precisamente de donde provenía su condición poética, bien porque los dioses hubieran decidido compensar las deficiencias orales con los dones de la inspiración, los siempre esquivos favores de las musas, o bien porque del empeño y la determinación con que combatía el atolladero, del grado de reflexión lingüística constante a que le conducían sus trabas y trabazones, surgieran, como de una fuente natural, la habilidad retórica, el equilibrio léxico y, quién sabe, la hondura de su pensamiento. No lo sé y tampoco tiene ya importancia: no cuenta el diagnóstico, sino la evidencia: era *el* poeta.

Y como a tal poeta (que, según he podido comprobar, no es una figura insólita en los distintos grupos sociales en que el azar o la administración me han incluido: hasta en los cuarteles hay siempre alguien señalado con tan sublime título) le llevé yo una tarde mis indecisas tentativas llenas de aprensiones y temores, para que me aconsejara, porque admiraba su aureola, pero buscando sobre todo su aprobación, su visto bueno e incluso sus elogios. Es uno de los síntomas de la mediocridad: nos satisface más el elogio que el consejo, el aplauso que la sugerencia. Y, como a su condición de poeta añadía una modestia y una sencillez inusuales, me sorprendió que, en alguna de nuestras charlas de atardecer (que solían tener lugar los

jueves, el día intermedio con horas libres y de asueto), con la más absoluta naturalidad, como si estuviera ante un igual en aficiones y aflicciones, me dejara también disfrutar de las primicias de sus escritos. Fue así como, una vez que se estableció entre nosotros la rutina literaria, tuve acceso frecuente a sus papeles, como si mi condición de aprendiz conllevara el privilegio de seguir puntualmente sus inspiraciones, un privilegio, por lo demás, dada su discreción, exclusivo. Como creo que Adames se sabía poeta, pero no se creía *el* poeta, no se consideraba en posesión de la autoridad literaria que todos (yo el primero) le atribuíamos, ni, menos aún, investido de magisterio alguno, cuando me dejaba las cuartillas de su mecanografía, buscaba también la aprobación, el visto bueno y el elogio, al fin y al cabo, si yo era adolescente, él era joven. Naturalmente, todas esas tres cosas obtenía, la aprobación, el elogio y el visto bueno, y en grado sumo además, pues mi admiración era incondicional y mi entusiasmo nublabo todo juicio crítico, si es que algún juicio crítico cabía sobre sus escritos en mi entendimiento.

Las causas de la admiración resultarían hoy evidentes. Adames había superado pronto, y con creces, los planteamientos adolescentes que a unos nos llevaban a las arias tristes de Juan Ramón Jiménez, a otros a las soledades castellanas de Machado, a otros a la imaginería gitana de Lorca, sin duda los tres modelos más adhesivos de la literatura escolar de aquellos años oscuros y aún no postremos, y a todos, en fin, a las desolaciones otoñales y a las patologías del crepúsculo. Frente a tanto remedo y tanta torpe mimesis, Adames había encontrado ya la expresión propia. Tal vez lecturas distintas, más amplias y originales que las nuestras, o cierta heterodoxia autodidacta, le habían llevado por otros derroteros y, en consecuencia, era tal vez la novedad formal del tono y la armonía del sentimiento lo que me cautivaba. No lo sé. Sí sé que todo lo que escribía me llenaba de asombro y que, mientras yo

me empeñaba en romances vegetales, en tristezas amarillas y en superfluas lamentaciones de soledad y desamparo, con una exuberante euforia métrica, eso sí, él había sobrepasado los regocijos lastimeros y la noche oscura y se situaba con austero sosiego al otro lado del verso, del río y del horizonte. Si la adolescencia es una torpeza romántica y la madurez es serenidad clásica, Adames había incorporado los atributos clásicos y serenos de la madurez a la juventud. Y en la medida en que estamos condenados a lo imposible y a admirar lo que no podemos conseguir, yo admiraba sus poemas con la certeza de que nunca lograría escribir nada con aquella perfección. Aunque, por otra parte, si me detengo a recordar el contenido de sus escritos, no consigo recuperar nada más allá de la memoria visual: cuartillas mecanografiadas (no usábamos entonces folios ni holandesas e ignorábamos que hubiera otros formatos), versos largos e irregulares, variantes en tinta roja (aquellas cintas bicolors de las máquinas mecánicas) y alguna caligrafía marginal azul. Nada más. Ninguna otra cosa sabría decir sobre sus escritos. Recuerdo, pues, la sensación que me provocaban, recuerdo la serena placidez que flotaba en las cuartillas, pero sería incapaz de añadir adjetivos a una sustancia esquiva, que no era horizontal ni vertical, ni mística ni subversiva. Hay, sin duda, tanta ceguera en la admiración como gratitud en el estímulo. Mucho tiempo después, pensando, por una parte, que me atraía más de sus escritos el significado que el significante, dada la definición de *sema* en el diccionario de uso como cada uno de los rasgos de que se compone el significado de una unidad léxica, y en consonancia con mi inveterada adhesión a los caprichos fónicos, ideé un palíndromo al respecto: *Sema da Adames*. Es una broma, pero no sé si no responde cabalmente a la verdad: Adames como complemento directo de la acción del significado y de su eficacia transitiva.

Con el tiempo y con la edad abandonamos el régimen hervaciano, supongo que Adames antes que yo, por pura cronología, pero no lo recuerdo. Si no concurren anomalías o turbulencias, los finales escolares (como la mayoría de los finales) se diluyen en un olvido plácido, se desvanecen sin dolor o, como mucho, perduran de manera difusa, nebulosa, sin contornos ni perfiles. No recuerdo, pues, en qué momento desapareció Adames ni cuándo cesaron nuestras conversaciones, cuándo desocupó su habitación, cuándo, en fin, dejé de oír su palabra entrecortada y de leer la mecanografía irregular de sus cuartillas. De hecho, apenas guardo recuerdo alguno del fin de mis propios años escolares, que llegó sin énfasis, por la inercia de la edad, y que no hace al caso ahora, pues nada tiene que ver con Adames. Los cursos se suceden con la regularidad de las estaciones y a ello hay que sumar la rutina académica, la inercia de las horas, la ansiedad del fin, la lejanía de junio, los desajustes del mañana. Por lo demás, no puedo decir que me olvidara de Adames por completo, pero tampoco que lo recordara a menudo: supongo que su imagen, su figura, su voz y sus escritos se fueron desvaneciendo en la memoria o fueron poco a poco desalojados de modo imperceptible por otras novedades, otros fervores, otras aflicciones.

Tampoco sé en qué momento al cabo de los años surgió de nuevo el nombre de Adames y cómo me vi de pronto recuperando con nostalgia las viejas tardes de charla y de poesía y de manuscritos. Tal vez cuando empecé a alimentar algunas certidumbres invernales, pero no puedo asegurarlo. Sí recuerdo, en cambio, que la añoranza de la edad llevó a la evocación, que en la evocación se amontonaron ecos de atardeceres, memoria de la lluvia, titubeos de la voz, su imagen impasible junto a la ventana, de espaldas al patio, y que de la evocación surgió un interrogante: ¿qué habrá sido de Adames? Y se fueron añadiendo enseguida más y más interrogantes, de entre los

que destacó sobre todos uno: ¿habría publicado algún libro? Sería lo normal. Lo extraño sería lo contrario. Y también sería normal que yo no tuviera noticia de ello. Al fin y al cabo, la poesía es tan discreta que apenas nadie advierte su existencia, menos aún su presencia. Así pues, en el caso de que Adames hubiera publicado algún libro habría corrido la misma suerte que otros tantos y tantos poetas: buenos, malos, regulares y excelsos. Tampoco cambiaría mucho la cosa si se hubiera entregado a otros géneros y a otras escrituras. No sé si escribir en España sigue siendo llorar, pero sí es, desde luego, una de las formas del anonimato.

Tuve la primera ocasión de resolver el interrogante editorial una tarde de junio, en El Retiro, cuando se me ocurrió consultar el catálogo de libros españoles en venta (sección: autores) del año en curso, tres o cuatro mil páginas de nombres, nombres, nombres. En la creencia de que encontraría varios Adames, inicié la consulta con algún reparo, porque de la mayor o menor amplitud de la nómina de Adames surgirían también más o menos dificultades de identificación. Entre los hervacianos solo éramos apellidos y, de entre los apellidos, éramos solo el más sonoro, el más raro, el menos común. Colocados por orden de lista, de los compañeros de curso conocíamos nombre y apellidos (yo todavía puedo recitar la letanía casi completa de mi curso), pero de quienes habitaban cursos superiores o inferiores, esto es, de quienes no eran estrictamente condiscípulos, apenas teníamos más información onomástica que el apellido (digamos) apelativo. Siendo, pues, Adames solo Adames, el primer apellido de Adames (de esto sí estaba seguro), sin más aditamentos, confiaba la elección a la visión del nombre completo, como si la mera contemplación pudiera despertar como un fognazo en la memoria el reconocimiento del todo. Pero toda prevención fue en vano. No había libro alguno en venta de nadie que se llamara Adames. Repetí la búsque-

da con frecuencia más o menos anual, por ver si en algún momento se incorporaba el poeta Adames a la lista de autores con libro en venta. Inútilmente. Años después, con la invasión bibliográfica de las nuevas tecnologías y la información digital, por innúmera infinita, caí de vez en cuando, de manera periódica, pero sin esperanza ya, sobre la base de datos de libros publicados en España (hasta la fecha solo he encontrado un Adames traductor que no es Adames), sobre el catálogo en línea de la biblioteca del congreso norteamericano o sobre los inagotables inventarios de asociaciones internacionales de librerías de viejo, nuevo, saldo y ocasión, que acogen incluso libros ajenos al número estándar internacional y a los depósitos legales, y donde sí topé con varios Adames extranjeros, un Juan, un Jonas, un Nick, ninguno de ellos el Adames original. Hasta que decidí interrumpir definitivamente las pesquisas.

Cierto es que todavía tecleo de vez en cuando la palabra Adames en los formularios de búsqueda avanzada, pero no es la búsqueda lo que ahora prevalece, sino la nostalgia de la búsqueda, que es nostalgia, al fin, de una antigua esperanza y certificado de la resignación final. Hace ya tiempo que di por hecho que el Adames al que yo admiraba no persistió en la literatura, que abandonó la poesía, que a saber por qué otras aflicciones optó, por qué otras fatigas. No puedo saberlo. Solo sé que el Adames que durante años he querido imaginar no existe, que no perseveró en el ser que estaba destinado a ser, que fue apenas un fulgor retórico al que, sin embargo, le debo un porcentaje de las cosas que me han ocurrido, que me han entretenido, que han acaparado mi tiempo y mi recreo y mi perseverancia. No obstante, si eligió el silencio, merece el mayor de los honores y el mejor de los elogios. Sobre todo si fue, me digo, una decisión voluntaria, un desaire a los designios de los dioses: para qué insistir en escrituras, si nada nos libraré de la desdicha. Supongo que cuando

abandonó a los hervacianos, del mismo modo que desapareció de mi memoria, desapareció también de la poesía y se diluyó, como tantos y tantos otros, como yo mismo al fin y al cabo, en uno de los escasos modos en que se presenta el porvenir, pues bien sé que a cada hombre, en las encrucijadas del oráculo, apenas le aguardan dos o tres posibilidades: un destino feliz, un destino trivial o un destino desdichado. No hay más opciones, y aun de estas habría que suprimir la primera en general y la segunda en particular, puesto que, al margen de las trivialidades de la felicidad, la condición poética es siempre innegablemente desdichada. Esto me otorga, sin embargo, un raro privilegio: ser el único y remoto destinatario de sus versos, el único que guardará memoria de aquellos escritos, una memoria baldía, eso sí, y estéril, apenas una figuración semántica, porque no recuerdo los versos, solo puedo recordar que se escribieron, pero memoria única al fin y al cabo, como si Adames hubiera escrito solo para mí, como si hubiera sido el poeta de cámara de mi adolescencia. Echo de menos, sin embargo, lo que, con perseverancia, aquel Adames hubiera escrito, lo que hubiera seguido escribiendo, lo que pudiera estar escribiendo ahora, en estos tiempos de aflicción e incertidumbre, en los que no queda ya lugar alguno ni para la esperanza ni tan siquiera para el porvenir.